

# DESAPARECIDO

Un lobo —dijo mi padre una vez— es tan fuerte como su lazo. Sin él, sin algo que le recuerde su humanidad, se perderá.

Lo miré con los ojos como platos. Pensé que no había nadie tan grande como mi padre. Solo tenía ojos para él.

—¿En serio?

Mi padre asintió y me cogió la mano. Caminábamos por el bosque. Kelly quiso venir, pero papá dijo que no podía.

Kelly lloró y solo paró cuando le juré que jugaríamos cuando volviese.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Tenía ocho años y Kelly, seis. Nuestras promesas eran importantes.

La mano de mi padre atrapó la mía y me pregunté si sería como él cuando creciera. Sabía que no me convertiría en un Alfa. Eso le tocaba a Joe, aunque no entendía cómo mi hermano de dos años iba a convertirse en el Alfa. Cuando mis padres nos explicaron que Joe sería algo que yo nunca podría ser, sentí celos, pero se desvanecieron cuando Kelly dijo que eso significaba que él y yo siempre seríamos iguales.

Nunca le di más vueltas al tema.

—Pronto —dijo mi padre—, te transformarás por primera vez. Sentirás miedo y confusión, pero mientras tengas tu lazo, todo irá bien. Podrás correr con tu madre, conmigo y el resto de la manada.

—Ya lo hago —le recordé.

—Tienes razón. —Se rio—. Pero serás más rápido. No sé si podré seguirte el ritmo.

—Pero... —Me quedé en blanco—. Eres el Alfa. De todos.

—Lo soy —concordó—, pero eso no es lo importante. —Se detuvo debajo de un gran roble—. Sino el corazón que late en tu pecho. Y tienes un gran corazón, Carter. Late con tanta fuerza que creo que podrías ser el lobo más rápido que haya existido jamás.

—Guau —exhalé. Me soltó la mano antes de sentarse en el suelo y apoyar la espalda en el árbol. Cruzó las piernas y me hizo un gesto para que lo imitara. Lo hice al instante porque no quería que cambiara de opinión. Nuestras rodillas chocaron mientras imitaba su pose.

—El lazo es algo valioso para el lobo. —Sonrió mientras hablaba—. Algo que custodia con ferocidad. Puede ser un pensamiento o una idea. La sensación de la manada o de su hogar. —Su sonrisa se apagó—. O de la idea de hogar. Ahora

estamos en Maine, pero no sé si este es nuestro hogar. Estamos aquí porque nos lo pidieron, por mis responsabilidades. Pero cuando pienso en casa, pienso en un pequeño pueblo que queda al oeste. No sabes cuánto lo echo de menos.

—Podemos volver —le dije a mi padre—. Eres el jefe. Podemos ir a donde queramos.

Negó con la cabeza.

—Tengo responsabilidades. Y las agradezco. Ser el Alfa no me permite hacer lo que quiera, debo equilibrar las necesidades de muchos. Tu abuelo me lo enseñó. Ser Alfa significa poner a los demás por delante de ti.

—Y ese será Joe —dije con dudas. Cuando lo vi por última vez estaba sentado en una trona y mamá lo estaba regañando por haberse metido cereales en la nariz.

—Algún día —rio—, pero falta mucho tiempo. Hoy hemos venido aquí a hablar de ti. Eres tan importante como tu hermano, al igual que Kelly. Aunque Joe será el Alfa, recurrirá a ti en busca de consejo. Un Alfa necesita a alguien, como vosotros dos, en quien pueda confiar, a quien pueda acudir. Y tendrás que ser fuerte. Por eso estamos aquí. Hoy no necesitas saber qué es tu lazo, pero te pediré que empieces a pensar en ello y qué podría ser...

—¿Puede ser una persona?

Hizo una pausa.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Puede serlo?

—Puede serlo. —Me miró—. Pero que tu lazo sea una persona puede resultar... complicado.

—¿Por qué?

—Porque la gente cambia. Aprendemos y crecemos, y las nuevas experiencias nos transforman. A veces, la gente no

está... bien. No son quienes deberían ser o iguales a la imagen que tenemos de ellos. Pueden cambiar de maneras inesperadas y, si bien queremos recordar los buenos tiempos, a menudo solo pueden concentrarse en los malos. Y su mundo se oscurece.

Nunca le había visto esa expresión, y eso me hizo sentir incómodo. Pero desapareció antes de que pudiera preguntarle al respecto.

—¿El lazo es secreto?

—Puede serlo —asintió—. Es como tener un tesoro. No hay nada igual. Algunos hasta dicen que es más importante que tener una compañera.

—Eso no me interesa. —Hice una mueca—. Las chicas son raras. No quiero una compañera, eso es una tontería.

Soltó una risita.

—Te recordaré esas palabras cuando llegue el día. Me muero de ganas de ver la cara que pondrás.

—¿Qué es tu lazo? Puedes contármelo. No se lo diré a nadie.

—¿Lo prometes? —Descansó la cabeza contra el árbol.

—Sí —asentí con ganas.

Cuando mi padre sonreía de verdad, podías verlo en sus ojos. Era como si una luz emanara de su interior.

—Sois todos vosotros. Mi manada.

—Ah.

—Pareces decepcionado.

—No, no. —Me encogí de hombros—. Es solo que... siempre hablas de la manada. —Puse una mueca—. Supongo que tiene sentido.

—Me alegro de que pienses eso.

—¿Le pasa lo mismo a mamá?

—Sí. O solía ser así. Los lazos pueden cambiar con el

tiempo. Al igual que las personas cambian. Si bien en algún momento pudo haber sido la idea de la manada, puede convertirse en algo más puntual. Más individualizado. En su caso, son sus hijos. Kelly, Joe y tú. Empezó contigo y luego se expandió con Kelly y Joe. Haría cualquier cosa por vosotros.

Un fuego ardió en mi pecho, seguro y cálido.

—El mío no cambiará.

Mi padre me miró con cautela.

—¿Por qué?

—Porque no lo permitiré.

—Hablas como si ya supieras qué es.

—Porque lo sé.

Se inclinó hacia delante y me cogió las manos.

—¿Me lo dirás?

Levanté la mirada. Era demasiado joven para comprender cuánto lo quería. Lo único que sabía era que mi padre estaba allí y me preguntaba algo que parecía importante. Algo solo entre nosotros. Un secreto.

—No puedes decírselo a nadie.

—¿Ni siquiera a mamá?

—Bueno, supongo que a ella sí. —Fruncí el ceño—. ¡Pero a nadie más!

—Lo juro —afirmó y, como era el Alfa, sabía que lo decía en serio.

—Kelly —dije—. Es Kelly.

Mi padre cerró los ojos y su garganta hizo ruido cuando tragó saliva.

—¿Por qué?

—Porque me necesita.

—Eso no...

—Y yo lo necesito a él.

Abrió los ojos y creí ver un destello de color rojo.

—Explícamelo.

—Él no es como Joe. Joe será el Alfa, y será grande y fuerte, como tú, y todos lo escucharán porque sabrá qué hacer. Tú se lo enseñarás. Pero Kelly siempre será un Beta, como yo. Somos iguales.

—Me he dado cuenta.

Necesitaba que lo entendiera.

—Cuando tengo pesadillas, no se burla de mí y me dice que todo irá bien. Cuando se hizo daño en la rodilla y tardó mucho en curarse, le limpié la herida y le dije que podía llorar, a pesar de que somos chicos. Los chicos también pueden llorar.

—Es verdad —susurró mi padre.

—Y siempre pienso en él —le expliqué—. Cuando estoy triste o enfadado, pienso en él y me siento mejor. Eso es lo que hacen los lazos, ¿no? Te hacen feliz. Kelly me hace feliz.

—Es tu hermano.

—Es más que eso.

—¿Cómo?

Me estaba frustrando. No sabía cómo poner mis pensamientos en palabras. Buscaba algo que describiera lo profundo que era.

—Es... Lo es todo —dije al fin.

Por un momento, pensé que había dicho algo fuera de lugar. Mi padre se me quedó mirando de manera extraña y me estremecí. Pero en vez de rebatirme, me acercó a él y me sentí como un cachorro otra vez mientras me giraba y me colocaba entre sus piernas, contra su pecho. Me envolvió en sus brazos y apoyó el mentón sobre mi cabeza. Inhalé y sentí una voz en mi cabeza que nunca había sido más que un susurro.

*ManadaManadaManada.*

—Me sorprendes —dijo mi padre—. Cada día. Soy tan afortunado de que alguien como tú sea mío. Nunca lo olvides. Si dices que tu lazo es Kelly, que así sea. Serás un buen lobo, Carter. Y no puedo esperar a ver el hombre en el que te convertirás. No importa dónde esté, ni lo que pase, siempre recordaré el regalo que me has dado. Gracias por compartir tu secreto. Lo mantendré a salvo.

—Pero no te irás a ningún sitio, ¿no?

Rio otra vez y, aunque no pude verlo, sabía que la sonrisa le llegaba a los ojos.

—No. No me iré a ningún sitio. Por ahora no.

Nos quedamos allí, debajo de un árbol en una reserva en las afueras de Caswell, Maine, durante lo que parecieron horas.

Solo nosotros dos.

Y, cuando finalmente volvimos a casa, Kelly nos estaba esperando en el porche, mordiéndose el labio inferior. Se alegró cuando me vio y casi se tropieza al bajar las escaleras. Logró mantenerse de pie y me tiró al césped mientras nuestro padre nos miraba. Mi hermano levantó los brazos y aulló triunfante, un sonido que no se parecía para nada a los demás lobos.

—Guau. ¡Eres muy fuerte! —Le sonreí.

Me tocó la nariz.

—Te has ido toda una eternidad. Me he aburrido un montón. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ahora estoy aquí —le dije—. Y ya no volveré a dejarte.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Mientras abrazaba a mi lazo con fuerza, que me contaba emocionado que Joe se había metido dos cereales en la nariz

y que mamá se había enfadado con el tío Mark cuando se rio, me dije a mí mismo que siempre cumpliría esa promesa.



—Por el amor de Dios —estallé—. ¿Tienes que seguirme a todas partes? En serio, aléjate.

El lobo me fulminó con la mirada.

Incliné la cabeza y escuché.

Todo el mundo estaba en casa. Podía oír a mamá y a Jessie riéndose de algo en la cocina.

Volví a mirar el bosque. El lobo resopló. Empecé a correr y él me siguió.

Me reí cuando me mordisqueó los talones, animándome a seguir y, en mi cabeza, fingí que podía escucharlo decir «*más rápido, más rápido, tienes que correr más rápido para que pueda perseguirte y atráparte y así comerte*».

Nos adentramos en el bosque, pasamos por el claro y llegamos a los límites de nuestro territorio. El lobo nunca se adelantaba, se mantenía siempre a mi lado, con la lengua colgando.

Corrimos varios kilómetros, el aroma de la primavera era tan verde que podía saborearlo.

Finalmente, me detuve, con el pecho subiendo y bajando, agitado. Me ardían los músculos por el esfuerzo.

Me dejé caer en el suelo con las manos y las piernas extendidas mientras el lobo daba vueltas a mi alrededor, con la cabeza erguida. Esnifaba el aire y crispaba las orejas. Cuando decidió que no había ninguna amenaza, se recostó a mi lado, apoyó la cabeza en mi pecho y acurrucó la cola sobre mis piernas. Resopló, molesto, sobre mi cara.



Puse los ojos en blanco.

—Hay que mantener las apariencias. Tengo que proteger mi reputación. ¿Sabes lo mucho que se meterían conmigo si se enteraran? —Le di un golpecito en la frente. El lobo gruñó y me mostró los dientes—. Sí, sí. Y la verdad es que lo digo en serio. Me sigues a todos lados. Un hombre tiene que poder cagar en paz sin tener a un perro gigante rascando la puerta del baño. No me encontrarás mirándote fijamente cuando estás en cuclillas en el patio trasero. —Cerró los ojos—. No me ignores. —Volví a darle un golpecito. Abrió un ojo. A pesar de no ser humano, transmitía perfectamente la exasperación—. Solo digo la verdad. —Me estornudó encima—. Maldito cretino —mascullé y me limpié la cara—. Dame tiempo, me vengaré. Me aseguraré de que solo recibas comida sana de ahora en adelante.

Nubes espesas pasaron por encima de nuestras cabezas. Me reí cuando una libélula aterrizó entre sus orejas e hizo que se aplanaran. Las alas translúcidas se agitaban antes de que saliera volando.

Era un gran peso.

En un momento, creí que me aplastaría. Ahora sentía que era como un ancla que me mantenía en mi sitio. Debería molestarme más de lo que lo hacía.

El lobo gruñó, una pregunta sin palabras, su aliento caliente en mi pecho.

—Lo mismo de siempre. Quién, cómo, por qué. Ya sabes cómo es.

*¿Quién eres?*

*¿Cómo acabaste así?*

*¿Por qué no puedes volver a transformarte?*

Preguntas que le había hecho una y otra vez.

Gruñó y enseñó los dientes.

—Lo sé, colega. No importa, ya lo sabes. Lo descubrirás cuando estés listo. Pero más... pronto que tarde. Me refiero a que no sería bueno para ti... Deja de gruñirme, ¡imbécil! Anda, vete a la mierda. No uses ese tono conmigo. —Movié la cabeza y me tocó el brazo con el hocico. Lo ignoré. Presionó con más fuerza e insistencia—. Eres un malcriado. —Suspiré—. Ese es el problema. Crees que estás muy cómodo. Y es verdad. Tal vez demasiado.

De todos modos hice lo que él quería y apoyé la mano sobre su cabeza y le rasqué detrás de las orejas.

Volvió a cerrar los ojos mientras se ponía cómodo.

Estábamos a la deriva, solo nosotros dos. El mundo a nuestro alrededor se desdibujaba, era como un sueño. Las horas pasaban, a veces nos quedábamos dormidos y otras veces solo... estábamos.

—Puedes hacerlo. Lo sabes, ¿no? Si quieres. No sé qué te pasó. No sé de dónde vienes o a qué tuviste que enfrentarte. Pero aquí estás a salvo. Con nosotros. Conmigo. Podemos ayudarte. Ox... es un buen Alfa. Joe también. Podrían ser los tuyos, si quisieras. Y, entonces, tal vez podría escuchar tu voz. A ver, no es que sea en plan gay, pero creo que sería... bonito.

El lobo estaba temblando. Lo miré, por si acaso algo iba mal, pero no era eso.

El muy desgraciado se estaba riendo de mí.

—Imbécil.

Lo aparté de un empujón.

Se recostó sobre la espalda, con las patas al aire. Se sacudía mientras se rascaba con la tierra. Luego se dejó caer sobre un costado y abrió la boca con un bostezo feroz.

—¿Tan horrible sería volver a transformarte? No puedes quedarte en esta forma para siempre. No puedes perderte en tu lobo. Olvidarás cómo volver a casa.

El lobo miró en otra dirección.

Ya había presionado bastante por hoy, siempre podía intentarlo otra vez mañana. Teníamos tiempo. Me senté y estiré los brazos.

Le daba golpes al suelo con la cola.

—Está bien, ¿dónde nos quedamos la última vez? Ah, es verdad. Pues entonces, Ox y Joe decidieron que había llegado el momento de convertirse en compañeros. Y, en realidad, intento no pensar en ello porque es mi hermano pequeño, y si pienso en eso, quiero pegar a Ox porque estamos hablando de mi hermanito. Pero qué mierdas voy a saber yo, ¿no? Y luego, Ox y Joe... Bueno. Ya sabes. Se acostaron. Y fue raro y, ay, muy asqueroso, porque pude sentirlo. Ay, cállate, no me refiero a eso. Quiero decir que pude sentir el momento en que se creó su lazo de compañeros. Todos lo sentimos. Fue como una... luz que ardió dentro de todos nosotros. Mamá dijo que jamás había oído que pudiera haber una manada con dos Alfas, pero tenía sentido que nosotros fuéramos los primeros, por lo locos que estamos. Ox es... Bueno. Es Ox, ¿no? El Jesús Hombre Lobo. Y luego Joe y él salieron de casa y no quiero volver a oler eso en mi hermano pequeño nunca más. Era como si se hubiera revolcado en su leña y Kelly y yo estábamos a punto de vomitar porque... Qué cojones. Lo torturamos por eso. Ese sí que fue un buen día.

Le eché un vistazo.

Me observaba con los ojos violetas.

—Y así acabó todo. Por lo menos la primera parte. Todavía faltan Mark y Gordo...

La cola del lobo aleteó peligrosamente y su cuerpo se tensó.

—¿Por qué te pones así cada vez que nombro a Gordo?  
—Mi mano se quedó quieta—. Sé que eres un Omega y tal, y que probablemente tienes magia de Livingstone dentro, pero eso no es culpa suya. Tienes que superar lo que sea que te pase. Gordo es buena gente. Quiero decir, sí, es un imbécil, pero tú también lo eres. Tenéis más en común de lo que piensas. A veces hasta tenéis las mismas expresiones.

Me miró de mala manera.

Me reí y me dejé caer contra el césped con las manos detrás de la cabeza.

—Eso. Compórtate bien. No tenemos que hablar de eso hoy. Siempre tenemos mañana.

Nos quedamos allí, solo nosotros dos, hasta que el cielo empezó a teñirse de rojo y naranja.



Cuando me senté detrás del escritorio de mi difunto padre por última vez, en una mañana fría de invierno, me pregunté qué pensaría de mí.

Una vez me dijo que las decisiones difíciles debían tomarse con la cabeza fría. Era la única manera de asegurarse de que fueran las correctas.

La casa estaba en silencio. Todos habían salido.

Mi padre era un hombre orgulloso, fuerte. Hubo un tiempo en el que creía que nunca podría equivocarse, que su poder era absoluto y omnipresente.

Pero no era así.

Para ser un Alfa de una larga descendencia de lobos, era terriblemente humano por los errores que había cometido,

la gente que había herido y los enemigos en los que había confiado.

Ox.

Joe.

Gordo.

Mark.

Richard Collins.

Osmond.

Michelle Hughes.

Robert Livingstone.

Se equivocó con todos.

Las cosas que había hecho...

Y, sin embargo..., todavía era mi padre.

Lo quería.

Si hacía un gran esfuerzo, si realmente lo intentaba, casi podía olerlo incrustado en los huesos de esta casa, en la tierra de este territorio que había defendido hasta la muerte.

Lo quería.

Pero también lo odiaba.

Pensé que eso es lo que significaba ser hijo: creer en alguien con tanta fuerza que no ves sus defectos hasta el día en que son visibles. Thomas Bennett no era infalible. No era perfecto. Ahora podía verlo.

Hace algunos días, estaba al límite.

Tenía un vacío debajo.

Vacilé. Pero pensé que ya llevaba mucho tiempo en caída libre, solo que no me había dado cuenta.

El último paso había sido más sencillo de lo que esperaba. Ya me había preparado. Había vaciado las cuentas bancarias. Hecho las maletas. En general, me había preparado para hacer lo que creía que debía hacer.

Lo que me había traído hasta aquí. Ahora.

El momento en el que supe que nada sería lo mismo.

Miré el monitor del ordenador de sobremesa.

Encontré una versión de mí mismo devolviéndome la mirada, aunque no me reconocí. Este Carter tenía los ojos enmarcados con círculos violetas. Este Carter había perdido peso y tenía los pómulos más pronunciados. Este Carter estaba pálido. Este Carter sabía lo que era perder algo valioso y, sin embargo, estaba a punto de empeorar las cosas. Este Carter había recibido un golpe tras otro y ¿para qué?

Este Carter era un extraño.

Y, a pesar de todo, seguía siendo yo.

Me tembló la mano mientras la ponía sobre el ratón, sabía que, si no lo hacía ahora, no lo haría nunca.

«Esa es la cuestión», susurró mi padre. «Eres un lobo, pero sigues siendo humano. Das todo lo que tienes y, sin embargo, sigues sangrando. ¿Por qué lo empeorarías? ¿Por qué te harías esto? A tu manada. A él».

Él.

Porque todo giraba a su alrededor.

Creía que siempre sería así.

Por eso mismo, cuando toqué el icono para empezar a grabar, su nombre fue lo primero en salir de mis labios.

—Kelly, yo...

Y, ah, las cosas que podría decir. La mera magnitud de todo lo que él era para mí. Cuando era niño, mi madre me dijo que nunca olvidaría a mi primer amor. Que incluso cuando todo pareciera oscurecerse, cuando todo estuviera perdido, siempre habría una pequeña luz palpitante de un recuerdo bien guardado.

Ella hablaba de una chica sin rostro.

O un chico.

No sabía que ya había conocido a mi primer amor.

Tenía la garganta seca.

Estaba tan cansado.

—Te quiero más que a nada en este mundo. Por favor, recuérdalo. Sé que esto dolerá, y lo siento. Pero tengo que hacerlo. —Desvié la mirada, no podía observar hablar a este hombre roto más de lo necesario—. Verás, había una vez un niño. Y era lo mejor que me había pasado en la vida. Me dio el coraje para defender mis creencias, para luchar por aquellos a quienes quiero. Me enseñó la fuerza del amor y la hermandad. Me hizo mejor persona. —Intenté sonreír para hacerle saber que estaba bien. Se extendió por mi cara, ajena y rígida, antes de romperse y desaparecer—. Tú, Kelly —dije con la voz ronca—. Siempre tú. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Miré por la ventana, había escarcha sobre el vidrio. La nieve empezaba a caer—. Eres mi primer recuerdo. Mamá te tenía en brazos, y yo te quería para mí, quería ocultarte para que nadie te hiciera daño. —Era borroso, los límites del recuerdo se desdibujaron como si solo hubiera sido un sueño. Mamá llevaba ropa de deporte y nada de maquillaje, con la piel suave y brillante. Hablaba en voz baja, pero no oía sus palabras; era un murmullo delicado que desaparecía ante la imagen de a quién sostenía.

Una pequeña mano se estiró, abrió y cerró los dedos.

Y allí, en los recovecos de mi mente, la escuché decir tres palabras que cambiaron todo lo que era.

Dijo: «Mira, te conoce».

Por aquel entonces, fui incapaz de reconocer todo lo que despertó en mí.

Le toqué la mejilla regordeta con un dedo y me maravillé por la manera en que su piel se ahuecaba.

Me miró y parpadeó con ojos brillantes y azules.

Emitió un sonido. Un pequeño chillido.

Y renací.

—Eres mi primer amor —dije en la habitación vacía, perdido en el recuerdo de cómo su mano encerraba con cuidado mi dedo—. Lo supe cuando sonreías cada vez que me veías, y era como mirar al sol. —Tragué saliva y desvié la mirada de la ventana—. Eres mi corazón —le dije sabiendo que era posible que nunca me perdonara—. Eres mi alma. Quiero a mamá, me enseñó a ser amable. Quiero a papá, me enseñó a ser un buen lobo. Quiero a Joe, me enseñó que la fortaleza viene de dentro. —El aire se me atascó en el pecho, pero insistí. Tenía que escucharlo, tenía que saber el porqué—. Pero tú eres mi mejor maestro. Porque contigo entendí la vida. Qué significaba querer a alguien ciegamente y sin reservas. Tener un propósito. Tener esperanza. He sido hermano mayor la mayor parte de mi vida, y es lo mejor que podía ocurrirme. Sin ti, no sería nada. —Me dolía respirar—. Sé que te enfadarás, pero espero que lo entiendas, al menos un poquito. —Volví a mirar la pantalla—. Porque tengo un agujero en el pecho. Un vacío. Y sé por qué.

«Vete. Contigo. Yo. Iré. Contigo. No. No. Los. Toques».

—Tengo que encontrarlo, Kelly. Tengo que encontrarlo, porque creo que, sin él, siempre habrá una parte de mí que estará incompleta. Debería haberte escuchado más cuando Robbie no estaba. Debería haber luchado más. Entonces no lo entendía. Ahora sí, y lo siento. Lo siento mucho. Quizá no quiera saber nada de mí. Quizá él...

«No. Atrás. No quiero. Esto. No quiero. Manada. No quiero. Hermano. No quiero. Tú. Niño. Eres. Un niño. No soy. Como tú. No soy. Manada».



—Tengo que intentarlo —supliqué en esa habitación vacía—. Y sé que Ox y Joe y todos los demás lo están buscando, a los dos, pero no es suficiente. Kelly, él nos salvó. Ahora lo entiendo. Nos salvó a todos. Y tengo que hacer lo mismo por él. Tengo que hacerlo. —Notaba cómo se me calentaba la sangre. Mi visión se tornaba borrosa. Sentía una opresión en el pecho y no podía respirar—. Una vez te hice una promesa. Te dije que siempre volvería a por ti. Lo dije en serio, de la misma forma que lo digo en serio ahora. Siempre volveré a por ti. Esté donde esté, haga lo que haga, estaré pensando en ti e imaginando el día en que volveremos a encontrarnos. No sé cuándo será, pero, después de que me des una paliza, me grites y me insultes, por favor, dame un abrazo como si nunca fueras a soltarme, porque no quiero que lo hagas jamás. —Intenté decir algo más, continuar, pero el peso era aplastante, así que bajé la cabeza y hundí las garras en el escritorio—. Mierda. No puedo respirar. No puedo...

Me temblaron los hombros y me dejé llevar. Me ardían los ojos mientras ahogaba un sollozo. Tenía que acabar mientras pudiera. Sentía que ya era demasiado tarde.

Para mí.

Para él.

Para todos nosotros.

—Recuerda algo por mí, ¿de acuerdo? Cuando la luna esté llena y estés cantando con toda la fuerza de tus pulmones, yo miraré la misma luna, y estaré cantando. Para ti. Siempre por ti. —Me limpié los ojos. La pantalla estaba borrosa y el extraño que me devolvía la mirada parecía atormentado y perdido—. Te quiero, hermanito, más de lo que puedo expresar con palabras. Tienes que ser valiente por mí. Obliga a Joe a ser sincero. Molesta a Ox todo lo que puedas. Enséñale a Rico a ser un

lobo. Muéstrales a Chris y a Tanner las profundidades de tu corazón. Abraza a mamá y a Mark. Dile a Gordo que se relaje. Haz que Jessie le patee el culo a cualquiera que se pase de la raya. Y quiere a Robbie como si fuera lo último que fueras a hacer en la vida.

Ay, Dios, había tantas cosas que tenía que decir, tantas cosas que nunca le había dicho, tanto que tenía que oír. Que el único motivo por el que era una buena persona era por él. Que nuestro padre estaría orgulloso de en quién se había convertido. Que cuando me había perdido en el Omega y lo sentía llamándome y amenazaba con hundirme en un océano violeta, me aferré con todas mis fuerzas a mi lazo raído y me negué a soltarlo, a que me lo arrebataran.

«Estoy vivo gracias a ti», quería decir.

Pero no lo hice.

—Volveré a por ti, y nada volverá a hacernos daño, jamás.

Nos vemos, ¿de acuerdo?

Y eso fue todo.

Eso fue todo.

Una vida entera reducida a unos pocos minutos en los que le suplicaba a mi manada que comprendiera la terrible decisión que estaba a punto de tomar.

Detuve la grabación.

Pensé en borrarla.

Solo... borrarla y olvidarme de todo esto.

Sería tan sencillo.

La borraría y luego me pondría de pie, abandonaría la oficina. Me sentaría en los escalones del porche hasta que alguien volviera a casa y le contaría lo que había hecho y lo que estaba a punto de hacer. Tal vez sería mamá. Sonreiría al verme, pero su sonrisa se desvanecería cuando viera mi

expresión. Se acercaría corriendo y se lo contaría todo. Que creí que me estaba volviendo loco, que no supe qué era Gavin hasta que fue demasiado tarde. Que debería haber luchado más por él, que debería haberle dicho que no podía marcharse con Robert Livingstone, que no podía irse con su padre, que no podía dejarme. No ahora que lo entendía. Ahora entendía lo que debería haber sabido.

O tal vez sería Kelly. Tal vez sabría que algo no iba bien.

El polvo se agitaría debajo de las llantas de su coche, con las luces encendidas y la sirena sonando con fuerza. Abriría la puerta con violencia y una mezcla de preocupación y rabia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntaría.

—No lo sé —respondería—. Estoy perdido, Kelly. No sé qué está pasando, no sé qué está sucediendo, por favor, por favor, por favor, sálvame. Por favor, átame para que no pueda abandonarte. Por favor, no me dejes hacer esto. No dejes que me marche. Gritame. Golpéame. Destruyeme. Te quiero, te quiero, te quiero.

En cambio, guardé el vídeo.

Me puse de pie. Era ahora o nunca.

Antes de abandonar la oficina, miré hacia atrás una vez.

Por un momento, creí ver a mi padre en su escritorio, con la mano extendida hacia mí.

Parpadeé. Allí no había nada. Un truco de la luz.

Cerré la puerta por última vez.

Y, sin embargo...

Vacilé en el porche, la mochila a mis pies.

Me dije a mí mismo que era porque estaba absorbiéndolo. Este lugar. Nuestro territorio. Los últimos vestigios de casa antes de lo que fuera que me esperara allí afuera.

Pero era un mentiroso.

Miré el camino de tierra, la nieve caía en ráfagas y se pegaba a los árboles. Nadie vino.

Y seguí esperando.

Un minuto se hicieron dos, y luego tres, y luego siete. Cuando pasaron diez minutos, supe que era ahora o nunca. Había esperado suficiente.

Cogí la mochila, bajé los escalones y avancé hasta mi camioneta.

Me subí y cerré la puerta.

Miré hacia la casa.

Imaginé que Kelly estaba conmigo en el asiento del copiloto.

—Aférrate a mí —dijo.

—Tan fuerte como puedas —dijo.

—Sé que duele —dijo.

—Sé lo que se siente —dijo.

Mis manos sujetaron el volante con más fuerza.

—Sé que lo sabes.

Suspiré y me estiré hacia mi mochila. Abrí un pequeño bolsillo lateral y cogí una fotografía. Toqué las sonrisas congeladas de mis hermanos antes de ponerla en el salpicadero.

Y luego me marché.



Apenas me alejé lo suficiente, me detuve.

Junté lo que me quedaba de fuerza.

Encontré los lazos, brillantes, vivos y fuertes.

¿Podría hacerlo?

Descubrí que podía.

Cortarlos fue más sencillo de lo que esperaba. Por lo menos

al principio. Cuando acabé, abrí la puerta de la camioneta y vomité en el suelo, con el rostro cubierto de sudor.

Sentí arcadas mientras los lazos se desvanecían.

Tenía un sabor amargo en la boca. Escupí en el suelo.

—Kelly —murmuré—. Kelly, Kelly, Kelly.

Era suficiente.

El lazo.

Era suficiente.

Me recompuse y miré por el espejo retrovisor. El extraño me devolvió la mirada. Mis ojos brillaron.

Naranja.

Todavía eran de color naranja.

Cerré la puerta. Inhalé y miré la carretera.

No se veía ningún coche. Volví al camino.

Unos minutos después, pasé por un cartel que indicaba que estaba abandonando Green Creek, Oregón, y que volviera pronto.

Lo haría.

Era una promesa.